

Relato "Corazón de caracol"

Los ángeles viejos. Liberterias/Prodhufi. Madrid, 1989

*Il était un petit navire
Qui n'avait ja, ja, jamais navigué
Oe, oe, oe.*

(Canción infantil francesa)

Al atardecer salíamos a coger los caracoles. Los caracoles estaban fuera. Primero abríamos con mucho tiento la puerta asomando la nariz al aire que, después de tanta lluvia, olía a esa fragancia expandida y verde tan distinta al seco sopor de la casa. Mamen me apretaba los dedos con esa alegría suave e inquieta que le conozco tan bien. Pero había que cerrar enseguida cuando veíamos aquel cuerpo como de oso rápido disparado por las escaleras que bajan hasta el porche, la fiereza de sus colmillos blancos en una precipitación de ataque que nosotras siempre le frustrábamos. Mamen se giraba sintiéndolo allá detrás de la puerta, sin gruñir, sólo arremetiendo contra ella con todo el peso de su cuerpo, y temblaba un poco al decir:

-Qué tonto, si se hubiera escondido entre las macetas del porche -y aquí se detenía un poco y suspiraba poniéndose la mano sobre el pecho-... qué susto.

Pero siempre hacía lo mismo. Siempre hacíamos lo mismo. Y era tan previsible que él se quedara allá atrás, sin poder probar en nuestras carnes el filo de sus colmillos, como que yo gritara enseguida:

-¡Fabiana! ¡Fabiana!

Fabiana salía por la puerta del pasillo que daba a la cocina, toda pequeña y arrugada. No hacía falta decir más. Ella subía ligera los tres escalones que daban al vestíbulo y, apartándonos con un gesto del brazo, se colaba hacia fuera y volvía a cerrar la puerta. Mamen y yo nos apretábamos, porque aunque todo parecía estar bien y siempre pasaba lo mismo, a veces nos daba por pensar (no lo habíamos confesado nunca, pero la una conoce tan bien lo que pasa por el cerebro de la otra) si se la comería. Al poco rato, la sombra de Fabiana se alargaba en los cristales opacos de la puerta y al abrir decía:

- Ya está. No vuelvan tarde. Ya saben... su mamá...

Mamen consultaba su reloj de pulsera. El que le regaló mamá para su primera comunión. Ese con fondo de oro y un brillante al lado de cada número, que en total hay doce brillantes y otro en el centro, del que salen las manecillas. Aunque no sé por qué lo digo, si Mamen sólo tiene un reloj. Consultaba su reloj como hacía siempre. No por saber la hora -mamá decía que no

valía la pena llevarlo a arreglar, para qué-, sino por seguir los gestos de cada día, los pasos de cada día. Como si fuera imprescindible seguir un orden para que todo fuera bien. Para que todo siguiera igual de bien que siempre. Decía vamos y nos cogíamos de la mano antes de salir.

Mamen llevaba el morralito al hombro. Ella se apoyaba en mí y yo en la rama de cerezo que usábamos para buscarlos entre la maleza. Al llegar arriba nos deteníamos, aguzábamos el oído para comprobar que los ruidos aquellos venían de la jaula oculta en la sombra trasera del garaje. Porque igual que a veces pensábamos si se la habría comido, también nos asaltaba la duda de si se le habría olvidado echar la llave a la puerta de la jaula. Pero siempre estaba cerrada y nos mirábamos aliviadas oyéndolo patear penosamente el enrejado. Mamen sacaba la cajita negra del bolsillo de su vestido y, apretando el botón rojo del centro, la dirigía hacia la verja automática que iba cediendo acompasadamente, liberando poco a poco el paisaje que asomaba más allá de ella de aquel vértigo de barrotes cromados.

Una vez fuera no nos girábamos -Fabiana decía vigilen que quede bien cerrada- y mientras decidíamos si caminar por la parte derecha o por la izquierda del sendero, el sonido escueto del cerrojo automático nos indicaba que la verja clausuraba de nuevo, protectora, el mundo. En ese momento Mamen se afianzaba en mi mano y yo la sentía temblar como el pétalo de una flor desprendiéndose de su capullo y en aquel temblor me transmitía una mezcla exaltada de gozo y desamparo que me llenaba de ternura. Guardaba la cajita negra en el bolsillo, lo abotonaba -había abierto un ojal y cosido un botón por miedo a que al agacharse por el bosque la cajita se deslizara hacia el suelo y entonces quién sabía cómo abrir la verja, cómo entrar de nuevo, y fuera la noche, los caracoles-, yo trazaba una rayita con la punta de la rama en la arena del sendero, nos mirábamos y, sin hablamos, ponía la cabeza de la flecha hacia la derecha o hacia la izquierda, según lo que hubiéramos decidido en ese momento. Eso había que respetarlo. Mamá decía que había que respetarlo. A veces, sorprendidas por el sonido débil, arrastrado del otro lado del sendero, nos quedábamos quietas, preguntándonos por qué no podíamos cambiar de lado si ellos estaban allí, si bastaría un leve tanteo de la rama de cerezo para descubrirlos agazapados, latiendo sus vidas pequeñas en el límite en que el sendero se desdibujaba en bosque. Pero había que respetarlo, porque era el único vínculo con el mundo, en que todo era previsible.

Debíamos andar con mucho sigilo. Tantos años habíamos andado con tanto sigilo que ya nuestros pasos a lo largo del sendero empezaban a confundirse con aquel gorgoteo triste del agua entre las hojas. Caminábamos en un silencio de reguerillos líquidos, de caricias húmedas, de nocturnidad presentida desplegándose desde los confines del espacio. Los pequeños pies de Mamen se adelantaban temblorosos, como con miedo a provocar su huida. Por eso había

que andar con tanto sigilo. Bastaba que el zapato chapoteara ligeramente un charco, que la rama de cerezo se hincara repentinamente en la tierra mojada dejando un hueco que se llenaba de inmediato formando un dedal de agua, para que un rumor secreto empezara a extenderse por los lados del sendero. Y era un cuchicheo apagado a medida que avanzábamos, un arrastre baboso en aquella oscuridad vegetal.

Mamen pensaba que ellos hablaban entre sí. Se comunicaban apenas rozándose con sus cuernos viscosos que, del mismo modo que se contraían con una rapidez pasmosa, podían también extenderse hasta alcanzar extraordinaria longitud. Así eran los caracoles, lentos, pero con tal secreta inteligencia que a veces nos hacía imaginar su humanidad.

Yo era quien los descubría hurgando en los bordes con la rama de cerezo. Yo quien los cogía, sus cuerpos gelatinosos y opacos engullidos por el corazón de su concha como en una inspiración forzada. Porque a Mamen la mano le dudaba en el último momento. Siempre temiendo sus cuernos imprevisibles que en un instante podían salir a enredarse en la muñeca, entre los dedos. Luego ella abría el morralito y yo los iba echando, uno tras otro, por aquella boca oscura. Mamen decía si yo lo podía llevar, pero yo no podía, bastante trabajo me daba la rama de cerezo, el sorprenderlos ocultos entre la tierra y las hojas. Le decía que se lo echara a la espalda, que no fuera tonta y dejara de pensar. Y ella me miraba con un leve espanto en sus pupilas dilatadas que a veces me recordaban sus cuernos, tan deprisa se agrandaban para luego contraerse en diminutas cabezas de alfiler. Al final se lo echaba al hombro y olvidaba -yo sé que sólo el tomillo, las violetas la hacían olvidar de verdad- aquellos cuerpos que allá, sobre su espalda, bullían por liberarse de su prisión.

Lo mejor, ya lo he dicho, era cuando el tomillo y las violetas. Mamen se alejaba de sus miedos, y hasta era capaz de adentrarse un poco en el bosque, desobedeciendo así la prohibición de mamá. Luego, cuando volvíamos con los ramos de tomillo, los manojitos de violetas oliendo entre las manos, asegurábamos que en ningún momento nos habíamos apartado del sendero.

Porque Fabiana decía no sean locas, no se aparten nunca del sendero, su mamá dice que no hay que apartarse nunca del sendero. Y mamá decía que el sendero era como la espiral en el caparazón del caracol, algo que siempre conduce al centro, y eso era la casa: -¿Dónde vais a estar mejor que en casa?

Mamen y yo nos mirábamos, asentíamos, porque la casa estaba rodeada, protegida. En la casa no había peligro. La casa era el mundo y lo otro, cuando al atardecer salíamos a coger los caracoles, era fuera.

Al volver, Fabiana nos mandaba a que nos laváramos porque a veces volvíamos con las piernas salpicadas de barro. Pero lo peor eran las manos. Yo las refregaba con agua y jabón, varias veces, y hasta las cepillaba fuerte con el cepillo de las uñas, de modo que terminaban

enrojecidas y abotargadas. Mas ni así conseguía despegarme aquel olor que tanto le molestaba a mamá.

A veces, mientras cenábamos, al llevarme la comida a la boca acercaba más los dedos a la nariz y aspiraba en secreto el pegajoso olor nocturno que los caracoles habían dejado impregnado en ellos. Luego, en la cama, mis manos eran una sábana sobre la cara y me dormía soñando que la cajita negra se perdía por el bosque, que ya no podíamos volver a entrar en el mundo, que Mamen y yo íbamos de la mano por el sendero, temblando un poco, sin saber lo que nos esperaba delante pero pensando que no era tan malo.

Fabiana ayudaba a Mamen con el morralito. Le decía no se vuelva para que no viera los cuernos que, zafados del tejido espeso de arpillera, formaban un entramado inquieto sobre su espalda. Y Mamen se estacaba con el morralito aún colgado al hombro mientras Fabiana se los iba despegando con la misma paciencia infinita con que luego permanecía junto al fogón, removiendo durante horas y horas el manjar que guisaba oculto en el perol de barro.

Ese era su destino. Pero antes debían pasar por la chistera, donde soltaban todo el limazo. Fabiana tenía las chisteras colgadas en el lavadero, entre los hilos de tender la ropa. Había varias porque cada día salíamos acogerlos y Fabiana decía que no podían mezclarse los de un día con los de otro: debían reposar exactamente trece días, lo mismo que el número de apóstoles más Jesús, decía Fabiana. Y así un día tras otro iban a parar a chisteras diferentes, pero siempre había una que permanecía medio día vacía, pues Fabiana empezaba aguisarlos cuando había terminado el fregoteo y dejaba la cocina lista después de comer.

Los trece días eran una purgación, una santificación. A lo largo de todo ese tiempo, los caracoles no hacían más que limpiarse de todos sus residuos, en un proceso que los dejaba por dentro, eso decía Fabiana, como los chorros del oro. No sabíamos si eso era cierto ya que nunca nos habíamos entretenido en diseccionarlos a la hora de la cena -mamá comía sin mirarlos, sacando los cuerpos con precisión científica del caparazón, y nosotras debíamos hacer los mismo-, pero nadie podía dudar de la palabra de Fabiana, aunque la baba espesa, negra que colgaba de la base de la chistera a los tres días de haber recibido una nueva remesa de ellos, nada tenía que ver con el oro.

Adorábamos a mamá. En ocasiones -cuando dudábamos al llevárnoslos a la boca, aquel sabor entre dulce y amargo expandiéndose con su carne troceada entre los dientes-, Fabiana nos reprendía:

- ¿No ven que su mamá lo hace todo por ustedes?

Y entonces comíamos más deprisa, sin pensarlo, viendo a mamá tan recta a la cabecera de la mesa, con su cara de ángel viejo. Y nos sentíamos un poco malas, secretamente malas, algo así

como los caracoles, aunque si ellos se santificaban ayunando, nosotras lo hacíamos comiendo sus cuerpos santificados.

Si alguna de nosotras se quedaba mirando el plato siempre en silencio, sin preguntar -no había preguntas, sólo pensábamos, a veces-, aquella repulsa materializada en la boca que, por unos momentos, había dejado de mascar sobre su carne viscosa, una lágrima empezaba a surcar la mejilla de mamá. Y luego otra, y otra mientras seguía comiendo. Y había una expresión de sufrimiento en su cara, una dulce tensión de los músculos que la asemejaba a los ángeles martirizados.

Adorábamos a mamá. Por eso le traíamos ramilletes de violetas y manojos de tomillo. Ella sonreía al verlos los cogía como una diosa acepta las ofrendas de sus sacerdotisas. Pero a veces los manojitos se perdían y luego los encontrábamos, secos, en cualquier rincón de la casa.

-Lo siento. Olvidé ponerlos en agua -decía mamá.

Aparte de ir a coger los caracoles al atardecer y comerlos a la hora de la cena, no hacíamos gran cosa. El día se nos pasaba tejiendo -yo era muy buena haciendo tapetes y colchas de ganchillo; Mamen, en cambio prefería sentarse al telar- y mirando la televisión. A mamá no le gustaba que miráramos la televisión, porque fuera estaba en la televisión y fuera era malo. Por eso sólo nos dejaba ver los programas de la tarde, de noche era peor y ella no quería que fuera nos hiciera daño. Así que no podíamos verla de noche.

Después de cenar nos acostábamos. Estábamos un rato sentadas en la cama, peinándonos. Primero le tocaba a Mamen. Mamen siempre quería ser la primera. Ya ni lo discutíamos, porque ella acababa venciendo. Se hacía difícil soportar su gesto tristemente pausado diciéndole no. La peinaba tanto rato que al final ya casi nos dormíamos y a mí me tocaba muy poco. Incluso a veces tenía que cepillarme rápidamente el cabello yo misma cuando Fabiana entraba:

- A dormir ya que mañana hay que levantarse temprano. Su mamá dice que apaguen la luz. Mientras peinaba el cabello largo, canoso de Mamen, ella se contemplaba en el espejo con gesto ausente. No decía nada pero yo sabía lo que pasaba por su mente, un sinsentido en aquella imagen que el espejo le devolvía. ¿Estaré envejeciendo? Yo misma preguntándomelo allá detrás de ella, cogiéndole el cabello con la mano en una cola de caballo o echándoselo hacia atrás con los dedos. ¿Es esto envejecer? Y luego venían esas cosas que ninguna de las dos se atrevía a formular en voz alta, por qué había que salir al atardecer a cogerlos si ellos eran tan inofensivos y en cambio nosotras ni podíamos abrir la puerta por miedo a que se nos tragara de un bocado, tan grande era su boca, tan afilados sus colmillos. Sólo mamá salía fuera de verdad. Cada día, después del desayuno, se iba en coche y volvía antes del atardecer. Ella

iba más lejos, mucho más lejos que nosotras. Le preguntábamos qué había allí, y ella decía:

- Nada, sólo sendero, bosque, caracoles. Es peligroso. ¿Dónde vais a estar mejor que en casa?

Y esa parecía ser siempre su frase favorita, del mismo modo que la de Fabiana era:

- No hagan sufrir a su mamá; su mamá lo hace todo por ustedes. Y lo creía de veras.

No tengo una idea exacta de cuándo aquello empezó a barrenarnos el cerebro. Creo que había estado siempre ahí, respirando chiquitito, sin atreverse a crecer porque entonces mirábamos a mamá y le veíamos esa cara de ángel y le dábamos palo a lo que nos respiraba dentro, aunque ello nos hiciera daño. Pero estaba ahí, no sé si primero en la cabeza y luego en el corazón y en las tripas, o más bien era algo que de golpe te empezaba a vivir en cualquier parte: un malestar en el estómago, una opresión en los riñones, en el pecho, un agobio en las sienes al encontrar las flores secas junto a la canastilla de la labor, en las estanterías de la despensa, entre una caja de patatas y los potes de confitura, o, lo que era peor, divisar su color lila, todavía fresco, flotando fragante en los desechos del cubo de basura.

- ¿Has sido tú, Fabiana?

- Habrá sido su mamá. Ya saben que anda muy ocupada y no tiene la cabeza para esas cosas.

Y eso eran las flores que le traíamos a mamá. Cosas. Simples cosas sin importancia. Tampoco sé cuándo aquella frase que tanto repetía. Fabiana empezó a tener un tono diferente, un matiz diferente. Fue quizás desde la tarde en que entró acalorada, casi con lágrimas en los ojos mientras Mamen y yo la mirábamos asustadas desde detrás de la puerta.

-Me ha atacado, me ha atacado.

Iba diciendo en un sonsonete obsesivo, los ojos extraviados, el brazo suspendido en el aire: la parte del hombro, un coágulo que pendía en un llanto de sangre.

La arrastramos hacia el baño y ahí la curamos lo mejor que pudimos, echando mano del botiquín donde mamá tenía de todo, desde un simple Optalidón hasta hilo quirúrgico.

- No llamen al médico. Su mamá podría enfadarse -repetía disculpándose. -Pero Fabiana, si tú...Y seguía como si tuviera la culpa de todo, como si su brazo en realidad no importara. Como si lo único importante fuera que mamá no se enterara, que no llamáramos al médico (nadie extraño entraba en el mundo desde hacía tanto), que todo siguiera igual que siempre.

Aunque ya aquella pregunta en su cabeza, algo que nosotras ya nos preguntábamos desde mucho tiempo atrás. Qué estaba protegiendo él si los caracoles no parecían capaces de comerse ni una mosca, y ahora ya no sólo nosotras, sino que ni siquiera Fabiana estaba segura rondando él por los alrededores de la casa.

- Su mamá lo hace todo por ustedes.

Pero ya un tono distinto en la voz.

Si se lo dije a Mamen, Mamen a mí, nosotras a Fabiana o Fabiana a nosotras, no lo recuerdo. Para mí fue una intuición común, una decisión común que nos transmitimos en silencio.

Al atardecer salimos como siempre a coger los caracoles. Fabiana nos precedió con un miedo que le añoraba desde aquella tarde (si se la comería), algo que intentaba ocultar con gestos desenfadados, con un falso aplomo en su cuerpo pequeño que por dentro debía estremecerse más aún que nosotras temblequeando bien apretadas tras la puerta. Una vez lo hubo encerrado en la jaula, seguimos los pasos de siempre.

Al volver, Fabiana estaba junto al fogón, guisando los caracoles que habíamos cogido hacía trece días (había que disimular, no fuera a ser que a mamá se le ocurriera entrar en la cocina). Pero esta vez fue distinto. No hubo chistera para los caracoles que acababan de penetrar en el mundo.

Nos lavamos las piernas, nos peinamos. Esta vez no utilicé ni agua, ni jabón, ni cepillo de uñas para las manos. Simplemente las sequé en una toalla y luego me las olí fuerte, dejándome penetrar por el olor hasta que las sentí mías, bien mías.

Fuimos a cenar. La mesa ya estaba puesta, como siempre: los platos de porcelana, las copas de cristal, los pinchitos para desenterrar a los caracoles de sus cáscaras. Primero se sentó mamá; luego nosotras, una a cada lado. Bendicimos el alimento que íbamos a tomar y yo (nunca antes me había pasado) eructé al decir amén. Mamá me atravesó con una mirada de estatua desde la cabecera de la mesa. Bajé los ojos y esperé a que Fabiana me sirviera.

Mamá fue la primera en empezar, tal como hacía cada día. Tendida la mirada al frente, sin mirar el plato, introdujo el pinchito en el oculto corazón del caracol, arrancó el cuerpo y se lo llevó a la boca. En el instante en que se sumergía por ella, lo miramos, los cuernos dilatándose con una tensión furiosa que pronto habría de enrollarse, asfixiante, en el interior de su garganta.

Al volcar la silla, sus brazos, perdidos en un rigor de agonía, manotearon el plato que fue a saltar por los aires y estalló en el suelo con un ruido crispado, momentáneo. Luego fue el silencio y enseguida un cuchicheo apagado, un arrastrarse lento por las paredes, por el suelo, a lo largo del respaldo de las sillas, de la superficie de la mesa, en el interior de las copas vacías, en la punta de los pinchitos de metal.

Fabiana dijo:

- Váyanse, yo lo recogeré todo.